

REVISIONES

RENÉ GENDARME: *L'Economie de l'Algérie*. Sous-développement et politique de croissance. Librairie Armand Colin, París, 1959, 387 págs. 51 mapas y gráficos.

Con el patrocinio del Instituto de Estudios Políticos de Argel. M. René Gendarme, Profesor de la Facultad de Derecho y de Ciencias Económicas de Argel, nos brinda la obra *L'Economie de l'Algérie (Sous-développement et politique de croissance)*. Las circunstancias en primer lugar indicadas garantizan que no se trata de la obra de un aficionado, alegremente lanzado a disertar sobre un tema del que sólo puede tratar superficialmente, ni tampoco de la de un teórico alejado de la realidad objeto de su estudio. Por otra parte, el subtítulo de aquélla dice a las claras que, además de un examen de la situación, el fin que se persigue es cooperar eficazmente en un programa de política de crecimiento basada en hechos concretos, con vistas a lograr el objetivo final, que es resolver el «problema de Argelia».

Trátase, pues, de un estudio técnico de la economía argelina, utilizando todos los instrumentos científicos de la teoría moderna, a fin de precisar el carácter subdesarrollado de aquella región. El plan adoptado por M. Gendarme es de incontrovertible racionalidad: a modo de prólogo, presentar la economía argelina mediante una exposición cuantitativa de la misma; luego, mostrar que se trata de una «economía desarticulada» y, finalmente, llegar a la conclusión de que es, efectivamente, una economía subdesarrollada para la cual hay remedios, procedimientos y fórmulas.

Por cierto, respecto a la «economía subdesarrollada», M. Gendarme señala en la introducción de su obra que los mismos

economistas no están de acuerdo sobre su definición. Y de citarnos las de diversos economistas, principalmente americanos (Buchanan, Ellis, Duesenberry, Furth, et cetera) y franceses, cuales Perroux, Leduc y Balandier. Recordemos que en un trabajo publicado en las páginas de esta revista («El nacimiento de una nueva demagogia», P. I., núm. 43), Alfred Fabre-Luce hacía idéntica observación, indicando además agudamente que tal vez fuera el error básico de todo propósito de definir el subdesarrollo sólo tener en cuenta factores materiales, valorados con mentalidad occidental y olvidando la idiosincrasia de los habitantes de los países subdesarrollados. M. René Gendarme no da nuestra alguna de hacer alto ante esos sutiles matices del problema. Con el generoso afán de imponer la dicha al prójimo, de que la Providencia parece haber dotado ampliamente a una parte sustancial de la Humanidad, entre ella a diversos sectores franceses, juzgando el subdesarrollo con mente objetiva, M. René Gendarme tiende a preconizar soluciones que estima también objetivas y que, en definitiva, resultan subjetivas, porque influidas por conceptos doctrinarios, lo cual es un subjetivismo a la escala partidista o ideológica. Tendremos ocasión de volver sobre este punto.

No sugiera este reparo el más leve propósito de minimizar el valor que creemos real—de *L'Economie de l'Algérie*, cuyo método expositivo, repetimos, nos parece excelente. Así, con vistas a presentar cuantitativamente esa economía, con abundancia de datos contrastados, mapas y gráfi-

cos, M. Gendarme nos brinda un minucioso y muy completo cuadro de las principales producciones argelinas. Para ello se basa en los resultados del año 1954, es decir, anterior al levantamiento argelino, a partir del cual los acontecimientos y las reformas de estructura han deformado las estadísticas. Las principales producciones agrícolas de Argelia (cereales 37 por 100, vinos 35 por 100, frutos, hortalizas, ganado, etc.); las producciones mineras (hierro, fosfatos, cinc, etc.); las producciones industriales, con nelo predominio de las industrias alimenticias y muy insuficiente desarrollo general—lo cual implica contar con las importaciones de productos manufacturados—, son en primer término inventoriadas.

Este examen básico de la cuestión conduce a la conclusión de que estamos en presencia de una «economía desarticulada», la cual, según el profesor Perroux, caracteriza el subdesarrollo, pues «por razones de estructura está continuamente expuesta a bloques de desarrollo o de crecimiento». M. Gendarme no estima que la «desarticulación» sea característica exclusiva de los países subdesarrollados y, por su parte, utilizando con reservas este instrumento de análisis, señala cuatro factores de desequilibrio en Argelia: el de la población-alimentos; el de la población-empleo; el de la financiación y de las inversiones; el de la balanza comercial. Todos estos factores son considerados partiendo de las estadísticas y cifras entresacadas de informes oficiales, ambas falazmente incontrovertibles. En efecto, con todos los respetos debidos a la Estadística, bastanos tener presente las conclusiones opuestas que sacan de las mismas los partidarios del capitalismo y los del marxismo para pensar, no sin fundamento, que bajo el rigor de las cifras está viva la flexibilidad de las doctrinas, lo cual resta categoría de absoluta certeza a cualquiera de las conclusiones. La ley de Malthus, por ejemplo, encuentra apoyatura dialéctica en la Estadística interpretada por M. Gendarme para el profano (desequilibrio entre el crecimiento demográfico y las producciones agrícolas y posibilidades de empleo, señaladamente). Por lo demás, un riguroso estudio de la estructura de la población activa y de los índices de nivel de vida tienden a fundamentar el aserto de que el problema

económico de Argelia radica esencialmente en un exceso de población que tiende hacia un peligrosísimo crecimiento.

Seguidamente, M. Gendarme pasa a estudiar las causas de ese subdesarrollo que, arguye con pertinentes razones, han de ser forzosamente múltiples y erróneamente compendiadas en la acusación de «colonialismo» hecha contra Francia. Para Argelia, señala tres, que estima esenciales: 1.º la tendencia natural al subdesarrollo de ese territorio (escasez de recursos naturales, alto precio de la energía, problemas de transporte, fuerte crecimiento demográfico); 2.º la resistencia al desarrollo debida a factores socio-culturales que llevan hondamente impresa la huella del Islam, el cual es antieconómico; 3.º los efectos de la dominación política del país. Ello motiva un balance de la presencia francesa en Argelia, hecho con evidente deseo de ser imparcial. Este balance arroja en el haber una mejora de los suelos, la creación de una infraestructura económica y el equipamiento social. En él debe, el problema del acaparamiento de las tierras, una mala política económica. el régimen fiscal, etc.

La segunda parte de *L'Economie de l'Algérie* es un análisis del subdesarrollo por zonas geográficas, mediante una consideración detallada de las características económicas de cada una de ellas y de su situación. Este estudio, muy técnico y enriquecido por gran aparato de cifras y gráficos, aparece de fundamental importancia para el conocimiento de la economía argelina. Es singularmente fundamental para el objeto que persigue la obra que nos ocupa, a saber, hallar remedios para la situación expuesta, ello partiendo de un hecho que modifica totalmente el problema del subdesarrollo de ese país, tal y como se plantaba hace diez años: el descubrimiento en el Sahara de petróleo y de gas natural que puede ser base de la industrialización de Argelia.

Se han establecido numerosos planes con vistas al desarrollo económico de Argelia. M. Gendarme sólo analiza el de la reforma agraria de 1956 y el decenal de expansión, de marzo de 1958, oponiendo a éste el reparo de no haber considerado en su hondura el problema demográfico, el no dar una solución satisfactoria al del empleo y el ser muy escueto

en materia de orientación política del comercio exterior.

En opinión de M. Gendarme, estas circunstancias habrían de provocar el fenómeno llamado de «goulots d'étranglement», sea, de atasco de la expansión económica que, señala, también se da en los países altamente desarrollados. Y de enunciar una serie de medidas destinadas a impedir tal fenómeno. En primer término, una acción a fondo contra el crecimiento demográfico, que condiciona la política de desarrollo económico; el fomento de la formación profesional; la implantación de industrias de transformación; la reorganización de la agricultura, y la mejora de las producciones, etc. Este esquema de una política de desarrollo de Argelia se refiere tanto a su economía en el marco argelino como en relación con la economía magrebí y europea, sea, del Mercado Común.

Como se echa de ver, M. Gendarme insiste en cargar el acento sobre la cuestión demográfica argelina, pues, dice: «es un error profundo ignorar ese fenómeno y considerarlo independiente de una política de desarrollo, habida cuenta de que condiciona la elevación de la renta». Poner en tela de juicio tal criterio, rebasa los límites de una modesta recensión, pe-

ro, aparte de ese atentado contra la libertad humana que representaría un control estatal de los nacimientos e incluso una presión «cultural» en este sentido, está toda una escuela de economistas, quienes con tantos argumentos aparentemente incontrovertibles como los aducidos por M. Gendarme, demuestran que frenar la expansión demográfica o planificarla entraña a la larga un desequilibrio económico entre la creciente producción y el consumo tendente a estabilizarse. Tal sustentan al menos los economistas marxistas, que no parecen ser mancos, y allí está la U. R. S. S. con sus 206 millones de habitantes, según las últimas estadísticas publicadas por la O. N. U. Curiosamente, la Iglesia católica tiene un punto de vista coincidente sobre el problema. M. Gendarme, él, está en la vía media del neo-capitalismo occidental de mediados del siglo, racionalista por hábito y laico por principio, el cual, como es lógico, no anda desprovisto de argumentos para demostrar las excelencias de sus posturas doctrinales. Porque, como decía precisamente un francés: «Ici-bas tout peut se prouver...»

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.

Nigeria: the Making of a Nation. Central Office of Information. London, 1960. 68 páginas, más gráficos y mapas.

A pesar de sus dimensiones aparentemente reducidas (que en realidad contienen un texto denso y apretado), el folleto oficial que sobre Nigeria han publicado recientemente los servicios informativos del Gobierno británico, resulta una obra fundamental para el conocimiento de la nueva África. Dicha obra ha aparecido pocos meses antes de la fecha del 1 de octubre, en la cual Nigeria ha sido declarada y proclamada Estado independiente, aunque continuando dentro del sistema británico y mundial de la Commonwealth. En seis capítulos y nueve apéndices se detallan todas las características físicas, políticas, sociales y económicas de una nueva nación que es de hecho el país más importante del continente africano; al menos por el número de sus habitantes y su papel de

enardecida cultural. Con una población de casi 36 millones de habitantes, Nigeria deja muy atrás tanto a la República Árabe Unida como a la unión Sudafricana, el Congo ex belga y el resto de los Estados africanos antiguos o modernos. Además, dentro de los países del Africa tropical, Nigeria representa un nudo de conexiones y cooperaciones interraciales.

Respecto a la importancia que Nigeria tiene por su extensión, el citado texto oficial comienza por hacer constar que es aproximadamente cuatro veces mayor que el Reino Unido, y que ha venido siendo la mayor entre todas las dependencias exteriores del referido Reino Unido. También se hace constar cómo la mayor parte de la superficie es de hecho aprovechable desde las selvas de la costa hasta las

sabanas pastoriles del Norte. En la composición de la población se destaca el carácter sintético de un país donde se ha logrado la cooperación (y la colaboración dentro de un sistema federal), de una pluralidad de grupos étnicos y religioso-sociales; entre los cuales destacan los Hausa, los Fulani y los Ibo. También se señala con cuidado la realidad de que cuantitativamente Nigeria contiene el 15 por 100 del total de la población de Africa, mientras en la densidad su promedio de 93 personas por milla cuadrada es casi más densa que los de cualquier otro territorio africano.

Respecto a las fechas de la historia moderna de Nigeria, y las etapas de su organización, el texto publicado por el Central Office of Information explica cómo los regímenes locales sucesivos no se han establecido por unos planes fijos, sino que se han ido adaptando sucesivamente a un proceso cambiante de evolución.

Desde 1807 hasta 1886, como base litoral para la represión de la trata de esclavos; luego, hasta 1900, bajo la acción sobre todo económica de la «Royal Niger Company»; combinación de una colonia y varios protectorados entre 1900 y 1914; territorio colonial unificado o agrupado después de 1914... Luego se fueron estableciendo varias constituciones sucesivas, en 1922, 1946, 1951 y 1954. Esta última de 1954 tuvo la doble importancia de trazar las líneas generales del sistema general vigente y de preparar una rápida evolución hacia la autonomía, con un sistema de dominio británico. La Conferencia celebrada en Londres entre octubre y noviembre de 1958 tuvo como resultado la decisión de hacer de Nigeria un Estado independiente desde el 1 de octubre de 1960. En diciembre de 1959 se celebraron las elecciones para la Cámara de Representantes, y entró luego en funciones el Senado federal. Desde entonces los nigerianos comenzaron efectivamente a regir los asuntos de su propio país; aunque la fecha de 1960 les permite ahora ampliar sus campos de acción hacia lo interafricano y lo internacional.

Respecto a la presente posición de las instituciones federales y el sistema constitucional nigeriano, la obra del «Central Office» detalla las funciones de las dos Cámaras; el Gobierno central, en Lagos; los Gobiernos regionales; las posiciones de

los partidos políticos; la posición especial del sector del Camerún, que está puesto bajo tutela británica y unido a Nigeria; el funcionamiento de la justicia y los servicios públicos; la composición de las fuerzas armadas; los organismos especiales de las regiones del Norte, el Oeste y el Este.

Sobre el funcionamiento de las instituciones nigerianas en lo interno del país se prevé que políticamente las modalidades del traspaso de poderes desde el 1 de octubre no planteen cambios aparatosos (aparte el de la sustitución del gobernador general inglés por un Jefe de Estado nigeriano). Para la defensa del país, el Gobierno británico puede solicitar del nuevo Estado independiente la negociación de un estatuto de bases permanentes, o al menos un convenio de protección común. Hay ya acuerdos firmados de concesiones a Nigeria de préstamos británicos para poder atender a los gastos inmediatos de ajuste que seguirán a la declaración de independencia. En lo social se concede gran importancia a la conservación de una serie de disposiciones constitucionales complementarias que se establecieron desde 1958 con el título general de «garantías de los derechos humanos». Algunas de tales disposiciones se refieren a salvaguardar las formalidades de concesión y conservaciones de la ciudadanía nigeriana, y prohibición de deportaciones o expulsiones fuera del territorio.

La transferencia de responsabilidades desde los anteriores administradores ingleses a los nigerianos representativos, es explicada (desde la introducción del referido libro) como algo logrado de modo fácil y suave. Esto ha sido motivado porque indudablemente durante el período colonial los ingleses facilitaron el desarrollo de instituciones políticas modernas, encaminadas a permitir la expresión de la voluntad popular. También se hace notar que antiguamente Nigeria había constituido una dispersión de territorios y de estados o de zonas tribales distintas; pero el posterior sentido de la unidad ha sido en parte establecido, y desde luego «fortalecido con la presencia británica». Esta presencia ha favorecido el intercambio y la fusión de los pueblos de la Federación.

En el sector del desarrollo económico

se insiste sobre la excelente labor que hasta ahora ha sido realizada por las instituciones educativas de carácter técnico. Entre estas instituciones destacan los servicios experimentales de la Universidad de Ibadán, y el Colegio de Artes, Ciencias y Tecnología, que tiene tres ramas para cada una de las tres principales regiones federales. Para después de la independencia se cuenta con la continuación de una asistencia técnica a Nigeria por parte del Reino Unido, tanto para seguir enviando allí expertos británicos como para asegurar la continuación de la formación de especialistas nigerianos en Inglaterra, Escocia, Gales y el norte de Irlanda.

En uno de los principales apéndices del librito oficial sobre Nigeria se recogen varios extractos de declaraciones hechas por los principales dirigentes políticos sobre la labor inglesa y las posibilidades que ofrece en lo sucesivo. Entre estas opiniones figuran la del jefe del Gobierno, Abubakar Tafawa Balewa; las del «leader» de la oposición parlamentaria, Akintola; la del más avanzado teorizante nacionalista y jefe panafricano local, doctor Namdi Azikiwe; las del jefe de la región Oeste, Obafemi Awolowo, y las del Sardauna Ahmadu de Sokoto en la región musulmana del Norte. Todos ellos elogian la preparación educativa, administrativa, política y social que los nigerianos recibieron durante el período colonial, así como el establecimiento de un nivel medio de vida superior al de otros territorios africanos. También se refieren al hecho de que incluso en los momentos más difíciles de las pugnas nacionalistas que se produjeron para solicitar la independencia, se ha llegado a esta independencia sin derramamiento de sangre ni residuos de

rencores o de recelos entre los británicos y los nigerianos.

Atendiendo al papel regional e internacional que Nigeria independientemente puede llegar a desempeñar en el conjunto de los sectores del África negra occidental, los testimonios de los diferentes jefes y dirigentes nigerianos representativos pueden servir como pruebas de que en los países negros tropicales el éxito de sus recientes independencias (a veces demasiado rápidas y precipitadas), no sólo depende de las capacidades de los nativos. También es un resultado de las capacidades y las buenas voluntades que las respectivas potencias europeas hayan manifestado para preparar a sus autóctonos, darles buen trato e irles considerando en planes de análogas preparaciones técnicas e igualdades políticas o sociales.

Queda aún una necesaria referencia al papel que la obra de reciente publicación sobre Nigeria desempeña dentro del conjunto de todas las publicaciones hechas y divulgadas por el «Central Office of Information» de Londres. Sus tres series que, respectivamente, se refieren a los asuntos internos del Reino Unido, asuntos de la Commonwealth y asuntos internacionales, proporcionan en todos los casos unos repertorios documentales muy sintéticos y objetivos. Dentro de la serie de la Commonwealth, a la cual pertenece el texto sobre Nigeria, los temas africanos han sido ya tratados en opúsculos especiales, como el de Ghana, y en otros generales que se refieren a temas de educación, trabajo, instituciones, desarrollo constitucional, etc., en el total de las dependencias británicas.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

Argelia. Desarrollo 1959. Argel, Ediciones de la Delegación General del Gobierno en Argelia. Servicio de Información. Imp. Baconnier, 1960. 1 vol. de 124 págs., con un mapa.

La guerra de Argelia es un acontecimiento demasiado importante—y no sólo respecto de los contendientes—como para no motivar una abundante producción bibliográfica. Que en efecto existe, pero polarizada muy desigualmente. En España

abundan las publicaciones oficiales u oficiales, en las que con abundancia de datos se justifica el punto de vista francés, a base de las realizaciones efectuadas por Francia en los últimos tiempos. También llegan otras publicaciones de carácter más

literario, pero de fuente igualmente metropolitana. E incluso algún librito que recoge opiniones disidentes de la política oficial. La producción de origen insurgente es casi desconocida, cosa no extraña, porque es escasa. Y de terceras procedencias, de vez en cuando aparecen ensayos, la mayoría dudosamente felices, en las que anglosajones o centroeuropeos—*partenaires* en la Europa de los «seis»—exponen ideas y hechos conocidos, con limitada aportación propia y cayendo con distingos y reservas del lado metropolitano. En fin, añadamos, aunque parezca sorprendente, que hasta conocemos libros españoles sobre el problema argelino; como el ya lejano—pero no porque sus perspectivas hayan sido rebasadas—de Carmen Martín de la Escalera, y el posterior de García Venero, de tono más bien periodístico y profrancés.

El librito que ahora presentamos es enjundioso por la tesis implícita—o explícita—que encierra. Y rico por el resumen de las cifras que recoge y consigna. Ese resumen lo extractaremos a su vez, porque proporciona una visión fotográfica de la Argelia que llamaríamos oficial y en marcha, al día, que bien merece ser conocida de nuestros lectores. De aquella tendencia, mucho y poco podríamos decir, porque resulta significativa su reiteración en discursos, libros, declaraciones etc., de las autoridades francesas. Diríase que no encuentran otra argumentación exhibible, por más que la población europea de Argelia tenga sus propios motivos y sus decididas acciones, que podríamos sintetizar así: subsistir y permanecer. A esta *ratio vitalis*, egoísta si se quiere, pero clara y nada desdeñable, el Gobierno de París opone torrentes de cifras: unas del pasado, para mostrar el atraso de Argelia, su miseria y su regresión hasta que decidió preocuparse de ella. Otras, del presente, para que por comparación con el pasado se vea lo que ha adelantado el país norteafricano y su población, destacando la mejora de los autóctonos y la falta de discriminación racial al facilitar las bondades de sus ciudades oficiales. Y otras sobre el porvenir, porque hasta Argelia ha llegado la epidemia estadística y gráfica de nuestro tiempo: planes, muchos planes, con curvas ascendentes, cuadros comparativos optimistas y conclusiones por anticipado, que parecen ignorar esos imponderables que

nos recuerdan que el hombre no es una máquina, *même en Algérie*.

Claro que tales argumentos, eco desvaído de la norteamericanización y soviétización del pensamiento en un país que produjo a Descartes y a Pascal, harían felices a los argelinos y dejarían atónitos a los demás lectores, si éstos sólo fueran monsieur de La Palisse o el doctor Pangloss. Porque la comparación entre el pasado y el presente constituye el más recio reproche acusatorio que se ha podido hacer contra la obra de Francia en Argelia entre 1830 y 1958, fecha de comienzo de la era de felicidad gaullista. ¿Qué hizo la metrópoli en esos ciento veintiocho años, o mejor, qué no hizo para que las cosas llegaran al triste panorama descrito? En cuanto a la comparación entre el presente y el futuro, nuestro deseo es que pueda ser una realidad, lo que presupone un desarrollo tranquilo de un panorama que no lo es. Pero sobre todo ese porvenir teóricamente despejado exige algo imposible y que la clara mente francesa no puede desconocer: que el hombre argelino se inspire exclusivamente en la concepción materialista de la vida y se sienta satisfecho por la proporción de carreteras por kilómetros cuadrados, por el aumento de la emigración y de las cosechas y por el gran honor de tener expeditos los horrosos ejercicios selectivos que en Francia, como en cualquier país que se precie de culto, acompañan a cualquier prueba escolar o profesional, sin garantizar el paralelismo con los resultados prácticos que consiga luego el *certifié, breveté o licencié*. Y eso no es verdad. El *homo argelinus* tiene sus reacciones mentales complejas, y está demostrando con las armas desde hace seis años, y sin ellas desde hace muchos más, que prefiere lo que económicamente es peor, pero que idealmente, con o sin acierto, reputa mejor o insustituible. Diciéndolo con terminología francesa, la libertad, que amplios sectores autóctonos ligan a la independencia, cada vez más separatista por la tardanza y, lo que es peor, por la obstinación en no ensayar las fórmulas asociacionistas, más que generosamente arrojadas a las poblaciones casi fetichistas del otro lado del desierto. Y al consignar esto no tomamos «partido» en la discusión. Como europeos, vecinos y compatriotas de muchos residentes no autóctonos en Argelia, deseáramos

a este país que llegara a un desenlace constructivo y no convulsivo de su crisis. Pero reconocemos, por mucho que nos alarme, que el presente marca rumbos muy distintos de esos buenos deseos, y también del encuadramiento del problema en las perspectivas recogidas por «Argelia: desarrollo 1959».

Y vamos a recoger los datos esenciales del libro, ciertamente impresionantes en cuanto a la capacidad, al esfuerzo y a la tenacidad de la obra francesa, que si se hubiera anticipado veinte años hubiera desembocado en problemas menos encontrados que los actuales. Arranca el libro de un decisivo recuerdo: Argelia, pese a su situación geográfica perieuropea, es un país subdesarrollado, por su aridez y su pobreza estructural en suma, correspondida por la pobreza y el atraso de una población que, sin embargo, es prolifera y despierta. Es decir, necesitada de un aporte forastero para desarrollarse, que es lo que Francia está haciendo con la vista puesta en objetivos tales como la escolarización de los dos tercios de la infancia y de la juventud, la redistribución de 250.000 hectáreas y la creación de 400.000 nuevos empleos en el período 1959-1963. Expresión todo ello de un propósito sintetizado en el plan Constantina del 4 de agosto de 1958. La población, heterogénea, se ha cuadruplicado en un siglo, pero sigue desigualmente distribuida y aun dispersa. Estos males se tratan con la «reagrupación» (tan combatida por los insurgentes y por las voces disconformes francesas, que le reprochan ser un instrumento de la política de guerra) y por la mejora sanitaria. El equipo sanitario tiene una densidad del 3,25 por 100, y en 1963 será del 4,5 por 100, habiéndose popularizado en el *bled* por los equipos ambulantes y centros rurales. También se actúa en el plan culturizador: hay 672.000 niños musulmanes en las escuelas (incluidas 171.000 niñas), «cinco aulas más cada día». Cuando acabe el plan habrá 1.300.000 en las escuelas primarias y 1.200.000 en los centros sociales; sin contar los centros juveniles y complementarios. Los 35.000 alumnos de enseñanza técnica y profesional y los 42.000 de bachillerato (aunque sólo 7.800 musulmanes: a partir de la enseñanza media se nota la desproporción). Argel es el tercer centro universitario francés, expresión que los españoles,

sembradores antaño de Universidades en Hispanoamérica, admiramos y valoramos.

Un tercio de tierra cultivable ha engendrado hasta ahora dos agriculturas diferentes: no «indígena» y europea, sino vieja y moderna (en ésta, el 60 por 100 es musulmán). Hay que reducir progresivamente los viejos e insuficientes métodos de pobre subsistencia, y para ello se inició la lucha por los S. A. P., la acción pedagógica, la repoblación, la captación y el regadío, la reforma técnica, social y jurídica de la tierra (en la que destacó la CAPER), y la protección del agricultor contando con él mismo. Mas la mejora agrícola no resolverá el problema del país: el remedio estará en acudir también a la industrialización; la producción industrial casi se ha duplicado desde 1950, y entre sus bases de potenciación figuran las riquezas subterráneas del Sahara, con 10 millones de toneladas de petróleo en 1960, más el gas natural, que llegará al Mediterráneo. Todo ello ayudado por ventajas financieras y fiscales y respaldado por aportaciones que sólo en el período 1958-59 preveían 22.500 millones de inversiones. La producción industrial vale ya 220.000 millones de francos franceses al año, y sale a competir en el Mercado Común. El trabajador industrial labora en condiciones iguales a las del europeo similar, habiéndose duplicado desde 1950 sus salarios mínimos. Además, 220.000 trabajadores argelinos actúan en las fábricas de la metrópoli. Otra salida nueva se abre a los argelinos: el funcionamiento público (los datos del libro nos han recordado una publicación española que en 1897 precisaba los cargos públicos desempeñados por los cubanos), pues en tres años se han nombrado 5.000 funcionarios musulmanes. En definitiva, el nivel de vida es más alto, con una tasa anual de crecimiento del 5 por 100. A ello contribuyen esfuerzos como el de la construcción de 100.000 viviendas de 1954 a 1959, en buena parte de carácter económico; una más equilibrada dieta alimenticia; un mayor consumo de artículos o servicios esenciales (calzado, iluminación, teléfono), y las ventajas de la renovación y ampliación de la infraestructura (vías, comunicaciones). Incluso el déficit comercial (en 1954 era un 61 por 100 del comercio exterior, y en los cuatro primeros meses de 1959, sólo el 31 por 100 revela la crisis

de crecimiento del país y el esfuerzo financiero de la metrópoli, que se aproxima a los 80.000 millones de francos en 1958-59. De suerte que Argelia gasta menos de 40.000 millones de francos en su presupuesto y la metrópoli aporta el resto hasta 110.000 millones. Las aportaciones son principalmente públicas y bancarias, representando la ayuda del presupuesto metropolitano más de 10.000 francos *per capita*.

El librito añade que la metrópoli también aporta hombres para el desarrollo de Argelia. Suponemos que se referirá a los dedicados a actividades civiles, entre los cuales figuran muchos oficiales y soldados que ayudan a la enseñanza y otras formas de asistencia social, como la sanitaria.

La última parte del texto quizá sobre: es político-administrativo y tiende a pro-

lar que a través de libres elecciones y de una red de organismos representativos, los argelinos, sin distinciones de origen, rigen sus propios asuntos (se cita el ejemplo asaz discutido del referéndum de 28 de septiembre de 1958 y otros semejantes), cada vez más según el molde metropolitano (1.160 municipios nuevos), adaptado, eso sí; y como ejemplo se cita el «asesoramiento» de las S. A. S. a los municipios rurales. Concluye la obra con la presentación de cómo se labora para aplicar el Plan de Constantina y con el recuerdo de la igualdad femenina en la labor de promoción de la vida argelina.

Abundantes gráficos y fotografías, más varios mapas, ilustran el texto, haciendo más fácil y sobre todo más grata la aridez de todo resumen matemático.

José M.^a CORDERO TORRES

SIR ANDREW COHEN: *British Policy in Changing Africa*. Routledge and Kegan Paul. Londres. Northwestern University Press: African Studies, number two. 1959. 118 páginas.

En el mes de abril de 1958 sir Andrew Cohen pronunció una serie de conferencias en la Northwestern University, correspondiendo a una invitación que le fué hecha por la «Harris Foundation Trustees». El texto de esas conferencias es el contenido de este libro.

El autor es un gran conocedor de los problemas del África negra. Su conocimiento no es teórico, como pudiera serlo el de un profesor, sino que es directo, como corresponde a quien ha asumido tareas de gobierno y ha permanecido durante varios años, y años decisivos, inclinado sobre los problemas, estudiándolos para tomar medidas que habrán de influir en el curso de los acontecimientos, y en contacto permanente con una realidad humana, varia y compleja, sometida a la presión de muy diversas fuerzas. Como jefe de la División de África del Ministerio de Colonias británico, como gobernador de Uganda, sir Andrew Cohen se ha enriquecido con una experiencia valiosísima que hoy nos es permitido calibrar por este libro mesurado y prudente, cuya lectura es un placer y una lección de arte de gobierno. De todas las pá-

ginas del libro se desprende un tacto y un deseo de ser realista en la apreciación de los hechos y de las reacciones humanas, de la mejor factura británica. Estamos convencidos que libros como éste han de ser leídos con extraordinario provecho por quienes, en una u otra medida, tienen la responsabilidad de cargos vinculados a la política colonial.

Su estructura es la siguiente. Una primera parte que comprende la primera conferencia dada por el autor, describe los primeros contactos y orientaciones ideológicas dominantes cuando los pueblos africanos sometidos por los ingleses reciben la influencia de los blancos; a lo que sigue inmediatamente una descripción de la forma de actuar de la política inglesa sobre aquella realidad. La segunda parte nos introduce en el conocimiento de la política colonial de la Gran Bretaña a partir de la segunda guerra mundial y sus causas. Da después noticia breve, pero muy precisa, del avance de las reformas constitucionales en Costa de Oro, Nigeria, Tanganica, Uganda y Kenia. Y esta segunda parte concluye con un sentido que nos parece una de las partes del libro más

interesantes sobre el desarrollo del nacionalismo y de la influencia ejercida por el factor tribal en aquellos pueblos. La tercera parte del libro estudia las tareas del Gobierno: el papel desarrollado por la administración británica, las relaciones entre el gobernador y el Gobierno central, y muy particularmente entre aquél y el Ministerio de Colonias. La cuarta y última parte del libro considera el futuro de los pueblos africanos, con especial atención a las necesidades económicas.

Nada tiene de particular que cuando el autor expone los móviles de la penetración inglesa en el África negra, ponga un especial énfasis en destacar que si bien los intereses diplomáticos y políticos, las pretensiones comerciales y los propósitos humanitarios actuaron simultáneamente impulsando a ingleses, franceses y alemanes en su reparto de los territorios africanos, por lo que se refiere a los británicos fué el factor humanitario, concretamente el movimiento antiesclavista, el dominante. Para él, estos orígenes humanitarios que atribuye a la penetración británica en África han sido tan decisivos que han dejado una huella indeleble en el posterior desarrollo de la política de la Gran Bretaña. La abolición de la esclavitud y la decisión de poner fin a un estado de cosas contrario a los derechos humanos influyó de tal suerte que la acción británica aparece envuelta en un resplandor altruista que deja muy atrás los también operantes móviles interesados. Esto le lleva incluso en algún momento a recordar que la acción colonizadora inglesa en África aparece mucho más despojada de violencia que la acción colonial desarrollada en América. Algo exagerada es esta afirmación, sin que esté en nuestro ánimo temar pie en este juicio, por lo demás hecho muy de pasada por el autor, para hacer polémica en defensa de un proceso colonizador en el que España fué protagonista. Porque sería exagerado. Bueno será advertir, sin embargo, que los móviles humanitarios y espirituales estuvieron presentes en aquel proceso colonizador americano con una fuerza difícilmente igualable, como pregonan muchísimos hechos históricos que no es éste el sitio de mencionar. Recordemos tan sólo que la elevación de los indígenas americanos, sacándolos de un estado lleno de miserias espirituales, su consideración como verdaderos seres humanos, su equiparación absoluta a los españoles y su defen-

sa frente a las demasías y rudezas de los conquistadores, fué un objetivo permanente de la acción política de España en Indias desde el momento mismo en que Colón puso el pie en tierras americanas.

Pero lo que nos interesa aquí es decir que el autor, refiriéndose ya a tiempos más próximos a los actuales, hace una exposición muy equilibrada de los pros y los contras del llamado «gobierno indirecto», que ha sido una de las formas típicas de regular la vida de los pueblos coloniales por la Gran Bretaña.

Como antes decíamos, las páginas más interesantes de este libro son aquellas en que el autor aborda el desarrollo de los sentimientos nacionalistas entre los pueblos africanos, y muy acertadamente observa que en el África occidental el nacionalismo, como muchas otras cosas, se debe en buena parte al impacto producido por las ideas occidentales. La aspiración al progreso, la necesidad de extender la educación, el desarrollo económico, etc., han impulsado a aquellos pueblos a poner su ideal en la total independencia política, y el hecho de que esos indígenas hayan tenido múltiples ocasiones de salir de su propio territorio y conocer la adelantada vida occidental, bien sea al trasladarse a otros escenarios del mundo para combatir en la segunda guerra mundial al lado de los soldados europeos, o bien como consecuencia del incremento de posibilidades que han tenido de estudiar en la metrópoli, les ha dado oportunidad de comparación y de estimular a los más inteligentes o simplemente más despiertos para ayudar a su país a ponerse en unas condiciones que permitan su total emancipación. Nos dice el autor que es corriente cuando se examina el camino recorrido en medio siglo en esos países africanos, atribuir todo lo hecho al acierto de una política de colonización, pero que también por parte de los africanos se quiere ver en ese incensante avance una manifestación del celo con que los indígenas han sabido luchar sin desmayo a lo largo de los años por la causa de su libertad. Sir Andrew Cohen afirma que existe un error al atribuir a uno solo de estos factores el proceso de adelanto. Son fuerzas que han operado simultáneamente y frecuentemente de modo complementario. Esto le lleva a estudiar con bastante detenimiento el factor tribal como elemento positivo, nacido de las mismas condiciones sociológicas era

que se desenvuelve la vida de aquellos pueblos y cuya fuerza responde a su condición natural, que hunde sus raíces en la más remota antigüedad. Pero nos advierte que ese factor tribal es también, en las últimas etapas del proceso, un elemento de complicación que en ocasiones desemboca, por el sentido tradicional que constituye su íntimo ser, en una actitud de reacción y hostilidad frente a la administración blanca.

En todo lo que constituye la tercera parte del libro encontramos un estudio detenido de la acción administrativa británica. Aquí el autor hace una aportación muy valiosa al conocimiento de lo que ha sido, guiada por un gran tacto político, la forma de operar de las autoridades inglesas, y de la lectura de esas páginas el lector deduce cuánta ha sido la habilidad con que el Gobierno británico ha ejercido su misión directora amoldándose a unas realidades humanas, pero siempre con la vista puesta en lo que inevitablemente había de ser el

futuro. Mucha luz arrojan las consideraciones del autor para entender el actual panorama africano, en donde se advierte en todo el amplio sector sometido a la influencia inglesa un paso más equilibrado y más ajeno a los apresuramientos que han contribuido en buena medida a agitar el clima de pasiones que ha dificultado la vida en aquellos territorios en que otras naciones europeas ejercían su influencia.

En resumen, el libro de sir Andrew Cohen, como decíamos al principio de este comentario, es una buena lección de política colonial. Comprensión y tacto político, capacidad de adaptación a las exigencias de la realidad, son los elementos dominantes en esta exposición. Es, simplemente, la aportación que hace quien ha sentido el peso de graves responsabilidades y ha estado a la altura de su misión en años decisivos.

FERNANDO MURILLO RUBIERA.